EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MUJER DE PUTIFAR,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN BERGAÑO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1876

LA MUJER DE PUTIFAR,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN BERGAÑO.

Estrenado en el Teatro Romea.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA INOCENCIA	SRA. GARCÍA.
CÁNDIDA	SRA. TORRES.
DON ANTONIO	SR. ESCRIBANO.
PEPITO	SR. ESCANERO.

La escena pasa en Madrid en la época actual.

A MI AMIGO EL PRIMER ACTOR

DON FRANCISCO M. ESCRIBANO,

Dedica este juguete como prueba de afectuoso recuerdo,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Sala despacho en casa de D. Antonio; á la dereccha dos puertas que conducen, la más inmediata al público. á la caja, y la de segundo término al interior de la casa; á la izquierda un balcon, junto á este un armario capaz de ocultar á un hombre; cerca del balcon una mesa escritorio con varios libros y papeles, y al foro otra puerta que guía á la escalera.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO y PEPITO.

ANT. ¿Ha arreglao usté esas cuentas?
PEPITO. Sí señor, ya están corrientes;
si desea examinarlas...
puede hacerlo.
ANT. No, don Pepe;
cuando usté dice está bien
es una verdad solene.
Yo confieso sin orgullo
que hace quince ó diez y siete
años era yo un patan;
pero comencé á hacer suerte,
y el que ántes era Antoñuelo,
hoy que atesora parneses
le dan sus dones un don

más grande que la Cibeles.
Así es el mundo; el dinero
es el que todo lo puede,
y con tal que suene el din
dan el don á quien lo quiere.

PEPITO. Ciertamente, don Antonio,
que eso es moneda corriente
en el siglo en que el petróleo
ha reemplazado al aceite;
sin embargo, usté es un hombre
que abochornarse no debe
de su orígen.

ANT. Eso no,
porque si he sido un pelele..
hoy me llamo don Antonio
de Putifar y Paredes,
y en fuerza de trabajar
he ganado mis parneses.
Conque vengan esas cuentas;
me voy á ver á don Lesmes,
y si no me paga pronto
los mil duros que me debe,
sin andar con requilorios
le entrego á escribas y jueces.
Siga usté con su trabajo;
si álguien me busca, que espere,
y hasta dispues.

PEPITO. Hasta luégo.

ANT. ¡Ay Jesús! ¡qué mundo este!
(Váse por el foro.)

ESCENA II.

PEPITO.

No hay duda; mi principal
es poco fino y cortés,
pero en cambio es un buen hombre
y no me va mal con él.
Si yo no fuese un pobrete
aspiraría á obtener
la blanca mano de su hija,

que es una hermosa mujer;
cándida como su nombre,
y que heredará, pardiez,
de dos á tres milloncitos
en fincas y oro de ley.
Ademas, yo que en negocios
de comercio soy un rey,
en los negocios de amor
soy empleado novel,
y me cuesta gran trabajo
conversar con lucidez.
Adorémosla en silencio,
ya que el destino cruel
lo quiere, y pensando en ella
tendré el más grato placer.
Mil veces este soneto
(Sacando un papel de su cartera.)
que há tiempo la dediqué
he leido, y no me atrevo
á entregárselo á mi bien.
(Leyendo.) «Á Filis: soneto.»

CAND. (Aparece por el foro.) (¿Á Filis?
¿si seré yo? Oigamos leer.)

PEPITO. (Con dramática entonacion.)
»En medio de la noche silenciosa,
»al despuntar la plácida alborada,
»en el monte, en el valle, en la enramada,
»en la fiesta animada y bulliciosa,
»tu figura sin par, *Filis* hermosa,
»luce el encanto de celeste hada,
»y el divino fulgor de tu mirada
»te presta el atractivo de una diosa.
»¿Quién no se rinde á tu sin par belleza?
»¿Quién te contempla sin sentirse herido
»al ver tanto donaire y gentileza?
»Qué mortal no se muestra conmovido
»y te proclama lleno de ventura
»por reina del amor y la hermosura?»

ESCENA III.

PEPITO y CÁNDIDA.

PEPITO. ¡Pobre soneto! (Guardándole.)
CAND. ¡Pepito!...
PEPITO. (¡Ella aquí!... ¿Me habrá escuchado?
Su vista me ha trastornado.)
CAND. ¿Está usted solo?
PEPITO. ¡Solito!
(Contemplándola con candidez.)
CAND. Escuchar á usted creí
cierta produccien poética... (Con intencion.)
PEPITO. (Turbado.) Sólo pienso en la... aritmética.
CAND. (¡Cielos! ¡no era para mí!
mas... ¿y si fuese rubor?
Le voy á profundizar.)
¿Ha llegado usted á amar?
PEPITO. Con el más fogoso ardor.
CAND. ¿Y es usted correspondido?
PEPITO. Tengo que ser desdeñado.
CAND. ¿Segun eso ya ha expresado
su amor?
PEPITO. Fuera un atrevido.
CAND. Pues sin esa explicacion,
¿cómo puede asegurar
esa desgracia sin par?
PEPITO. Hay una grave razon.
CAND. Una sola?
PEPITO. Tal vez sobre.
CAND. ¿Por qué?
PEPITO. Lo debo callar:
en fin, tengo que luchar
por ser demasiado pobre.
CAND. ¿Luego usted juzga el amor
adulador y egoista?
PEPITO. El siglo es positivista.
CAND. Está usted en un error.
El amor digno y sincero
que siente un corazon puro,
es inexpugnable muro

contra el poder del dinero.
Un digno afecto, pardiez,
tan sólo en su dicha sueña;
jamás Cándida desdeña
la virtud y la honradez.

PEPITO. ¿Cómo á un padre resistir
si es inflexible y tiránico?

CAND. Contra su poder satánico
hay medios de resistir.

PEPITO. Esa es una bella táctica;
mas comprendo que en el dia
su citada teoría
no puede ponerse en práctica.

CAND. Con firme resolucion
logrará...

PEPITO. ¡No puede ser!

CAND. ¿Es una ángel ó mujer
por quien siente tal pasion?
¡Ah! sin duda es un secreto...

PEPITO. Sí, un secreto desgraciado.

CAND. ¿Á quién está dedicado
ese amoroso soneto? (Con intencion.)

PEPITO. (¡Cielos! Me prendió en la red.)

CAND. ¿Quién es esa *Filis* bella,
que así suspira por ella?

PEPITO. Esa Filis... es... ¡usted! (Con pasion.)

CAND. ¡Ah!

PEPITO. ¡Perdon!

CAND. ¡Tenga usted calma!

PEPITO. Temo su justo desden.

CAND. Ay, Pepito! yo tambien
le quiero con toda el alma!

PEPITO. ¡Dios mio! ¿Será verdad?
y yo juzgaba imposible
mi dicha: ¡es inconcebible!
¿Esto es sueño ó realidad?

CAND. Siento pasos; el secreto
sólo será de los dos.

PEPITO. ¡Cuán buena es usted!

CAND. Adios,
déme usted ese soneto.

(Le entrega Pepito el papel y váse Cándida.)

ESCENA IV.

PEPITO.

¿Con que me ama? ¡yo estoy loco!
no hay duda, lo sé de cierto;
lo he escuchado de su boca
y se ha llevado el soneto.
¡Ah! si yo fuese poeta
la había de hacer más versos
que escribieron Calderon,
Lope de Vega y Moreto,
en sus famosas comedias.
Dios quiera que con el tiempo
pueda llamarme su esposo.
¡Oh! qué título más bello!

ESCENA V.

DICHO y D. ANTONIO.

ANT. Ese hombre es un tuno, un perdío!
Oh! ya verá lo que es bueno:
escriba usted, don Pepito,
las ideas que aquí tengo.
(Señalando en la frente.)
(Se sienta Pepito en la mesa, toma la pluma y escribe al dictado lo que dice D. Antonio.)
—«Señor don Lesmes Cuclillo
«y Costal: muy señor nuestro.»

PEPITO. Mio querrá usted decir.

ANT. ¿Cómo mio? pues yo veo
que usted y yo le escribimos,
en fin, escriba corriendo
y ponga muy señor mio
aunque le odio y le detesto. (Pausa.)
—«He extrañao sobremanera
que habiendo ido hace un momento
personalmente en persona
á verle...» ¿y esto va bueno?

PEPITO. La persona está demas.

ANT. Si esa soy yo, pero aceto,
si no está bien, haga usted
lo que cuadre á su deseo,
porque si sigo ditando
verá que soy un jumento.

PEPITO. Conque usted sólo me indique
de la misiva el objeto,
yo escribiré cuanto guste
claramente y sin rodeos.

ANT. Bueno, pues dígale usté
en términos indireutos
que es el hombre más tramposo
que ha nacido en estos tiempos,
y que si mañana mismo
no me paga los mil pesos,
le embargo hasta la camisa
y duerme en el Saladero.

PEPITO. Va usted á quedar servido,
espere usted un momento. (Escribe.)

ANT. Hay en Madriz más tunantes
con capa de caballeros
que ingleses hay en Atenas
y franceses en Marruecos.
El que dijo que la córte
es el más perdido infierno,
dijo una verdad palmera:
¿ha acabado usté? me alegro:
lea pues lo que ha escribido!
yo soy todo orejas.

PEPITO. Leo.
—«Señor don Lesmes,» etcétera.

ANT. ¿Eh? lecetera... ¿qué es eso?

PEPITO. Quiero decir que suprimo
los cumplidos y rodeos
y voy al grano.

ANT. Adelante;
lo del grano ya lo entiendo.

PEPITO. —«Para solventar la deuda
»cuyo último vencimiento
»tuvo lugar há dos meses...»

ANT. Justamente, ayer cumplieron.

PEPITO. «He tenido la atencion

»de ver á usted.»

ANT. Es cierto.

PEPITO. «Y no habiéndose dignado
»recibirme, estoy dispuesto,
»si en el dia de mañana
»no me satisface el débito,
»á proceder en seguida
»contra usted segun derecho.
»Queda suyo, atento amigo,
etcétera.»

ANT. Muy bien puesto.

PEPITO. Ahora firme usted. (Lo hace.)

ANT. Ya está;
déselo usted á Guillermo (Pone el sobre.)
y que la lleve en persona
en casa de ese sujeto. (Váse derecha.)

ESCENA VI.

D. ANTONIO.

¡Caramba! se me olvidaba
que mi buen amigo Antero
nesecita algunos cuartos:
¿y su carta? no me acuerdo...
creo que aquí la dejé, (Revolviendo papeles.)
¿si será esta? no por cierto.
—«Á Filis, soneto:» ¡calle!
ó yo soy un majadero
ó se ha equivocao Pepito;
¿quién será Félix soneto?
¡Jesús y cuánto borron!
¿quién es capaz de leer esto?
dice... «En medio de la noche...
tá, tá, tá, tá, si da sueño!
ya sé dónde la he dejado;
voy á buscarla corriendo.
(Váse primera puerta derecha.)

ESCENA VII.

DOÑA INOCENCIA, sale con ridiculez segunda puerta derecha.

Don Pepito... no está aquí;
yo creí escuchar su voz;
tampoco está mi marido:
¿habrán salido los dos?
¡Qué trabajo cuesta ser
persona de destincion!
El año cincuenta y uno
mi esposo no era lo que hoy:
vendía ropa en el Rastro;
mas tuvo desposicion,
y destruido por mí,
llegó á ser todo un señor
y yo toda una señora:
á la vista está!... ¡pues no!
sólo siento que mi Antonio
es tan rudo y tan atroz
como ántes de tener cuartos,
vamos, no es hombre de pló.
Qué distinto es don Pepito:
¡tan fino! ¡tan seductor!
¡tan amable! ¡tan cortés!
¡éste sí que es un señor!
Y segun he observado,
hablando para entre nos,
creo no le he parecido
saco ni costal de arroz,
sino un jamoncito dulce!
¿mas él aquí? ¡bien por Dios!

ESCENA VIII.

DICHA y PEPITO.

PEPITO. ¿Tanto bueno por aquí?
INOC. (¡Ah! qué soberbia presencia!)
PEPITO. Señora doña Inocencia,
¿usted buena?

INOC. (Haciendo dengues.) ¡Así... así!
PEPITO. (¡Qué vieja más fastidiosa!)
¿Conque no es bueno su estado?
INOC. Cuando no estoy á su lado
creo me falta una cosa.
Pepe, si supiese usté
qué disgusto tan marcado
causa un amor contrariado!...
PEPITO. ¿De veras? pues no lo sé.
INOC. Segun eso no se inflama
ante una ardiente pasion?
PEPITO. Cuando tengo inflamacion
me meto al punto en la cama.
INOC. ¡Ah! yo tu amor nesecito!
PEPITO. ¡Vaya una *nesecidad*!
INOC. ¿Me quieres?
PEPITO. ¡Qué atrocidad!
(He caido en el garlito.)
INOC. Yo te juro pa intre nos
que me haces mucho tilin.
PEPITO. Yo la quiero con buen fin
conforme lo manda Dios.
INOC. ¿Conque no me amas? por qué?
soy una mujer sin par:
¡la mujer de Putifar!
PEPITO. Pues bueno, ¡yo soy José!
Y, señora, ese deseo
me ofende y me desagrada,
piense usted que está casada.
INOC. ¡Si mi marido es tan feo!
PEPITO. Yo quiero mucho á su esposo
y fuera una villanía
herirle así á sangre fria
en su honra, en su reposo.
INOC. ¡Ah! tu amor!...
PEPITO. No puede ser:
suyo soy en lo que valgo,
pero...
INOC. Á mí me va á dar algo;
sóstenme... así... ¡qué placer!
(Apoyándose en Pepito.)
PEPITO. Vamos, ¿acaba usted ya?

(Estoy pasando un mal rato.)
INOC. Aleve, prejuro, ingrato.
¡Ay, sóstenme... ¡que me da!
(Finge una convulsion.)
Pepe... ¡qué poco interés!...
PEPITO. Señora, tengo conciencia.
(¿Si aquesto hace la *inocencia*
qué hará la que no lo es?)
INOC. Por Dios que me has de pagar
tu insensato proceder;
sabrás quién es la mujer
del señor de Putifar.
(Pepito váse foro, y al irse Doña Inocencia sale D. Antonio y se detiene.)

ESCENA IX.

D. ANTONIO y DOÑA INOCENCIA.

INOC. Ay, Antonio! si supieses...
ANT. ¿Tenemos algun peligro?
INOC. Tal vez.
ANT. ¿Viene la comune?
INOC. No; pero escucha, marido.
Hay un hombre en esta casa
que está abrasado.
ANT. ¿Qué has dicho?
¿es agente del pretóleo?
INOC. Es más criminal su oficio:
¡atenta contra tu honra!
ANT. ¿Quién es ese hombre?
INOC. ¡Pepito!
ANT. ¿Qué me cuentas? ¿y la chica
le corresponde?
INOC. Borrico,
¿no comprendes que soy yo
la mujer que ha delegido
el pérfido sedutor
para sus planes inícuos?
pues soy yo misma.
ANT. ¿Qué dices?
INOC. Si supieses, dueño mio,

cómo enamora ese mozo!
¡Jesús! qué cosas me ha dicho!
Me ha llamado sol de Oriente,
sultana de Cárlos quinto,
tórtola de la Sibena
y hasta diosa de lo limpio?

ANT. Pero señor, ¿qué ha oservado
ese infame libertino
en tí, cuando yo conozgo
que eres más fea que Picio?

INOC. ¡Qué galante estás, Antonio!
al fin y al cabo marido.
Pues mira, es imprescindible
que arrojes de casa hoy mismo
á quien osando ofenderme
aun más que á mí te ha ofendido.

ANT. Bien, mujer, pierde cuidado,
hoy pagará su extravío.
(Váse segunda puerta derecha Doña Inocencia.)

ESCENA X.

ANTONIO.

Dice un refran «cria cuervos
y te sacarán los ojos.»
Fíese usted en los jóvenes
de genio apocao y corto,
que siempre que se les mira
bajan con rubor los ojos:
estos hombres son los piores;
aquí está: parece un tonto.

ESCENA XI.

DICHO y PEPITO.

ANT. Venga usted aquí, caballero;
hipróquita, desleal.

PEPITO. Don Antonio!...

ANT. Calle usted.

PEPITO. ¿Qué es esto, Dios de bondad?

ANT. ¡Parece una mosca muerta!
como oservó el perillan
en mí un afecto de padre,
dijo, me voy á burlar
de todos sus beneficios
con hipróquita maldad.

PEPITO. (Dios mio, todo lo sabe!)

ANT. ¿No se pudo figurar
que su amor era imposible?
¡Conteste usted, voto á san!...

PEPITO. Confieso á usted, don Antonio,
que nunca debí aspirar...

ANT. ¿Luego usted la ama?

PEPITO. (Con pasion.) ¡La adoro!

ANT. ¡Jesús! qué barbaridad!

PEPITO. Yo oculté por mucho tiempo
esta pasion; pero ya
que sabe usted mi secreto,
no ocultaré la verdad.
¡Es tan bella! ¡tan simpática!
¡tan dulce! ¡tan celestial!

ANT. ¿Conque le gusta á usted?

PEPITO. Mucho.

ANT. ¡Por vida del peste Juan!
no sé cómo me contengo;
(¿pero señor, qué tendrá
esa mujer, que á sus años
sirve para enamorar?)
¿Pero está usted en su juicio?

PEPITO. ¿Hay cosa más natural
que entregarse con placer
á una hermosura sin par
que nos roba los sentidos?

ANT. ¡Jesús, qué barbaridad!
No sé cómo me contengo
al oir á usted... ¡truhan!
Ya veo que no respeta
las leyes de la moral,
y que es sobrado atrevido
con quien debe respetar
desde hace muchísmo tiempo.

PEPITO. Le respeto á la verdad

y le pido mil perdones
por permitirme aspirar
á ser dueño de una joya
tan inestimable y tan...

ANT. Basta, mancebo insolente:
ya no puedo tolerar
tus palabras venenosas.

PEPITO. Por Dios, tenga usté piedad,
yo la quiero con buen fin!!

ANT. Vamos, es particular!
Este hombre me habla de fines
y el medio viene á implorar!
Jóven, ¿eres socialista?

PEPITO. No comprendo...

ANT. ¡Por Satan!
que estoy bramando de ira!
quiere la comunidad
diciendo: «lo tuyo es mio,»
con lo cual podrá mostrar
haber sido poseedor
de mi justa propiedad!

PEPITO. Digo á usted que no lo entiendo.

ANT. Ven aquí, pelafustan!
¿No quieres lo que yo quiero?
habla pronto!

PEPITO. Es la verdad.

ANT. No pretendes tú que ella?...

PEPITO. Pues, sí señor, claro está!

ANT. Luego segun tus ideas
yo me encuentro aquí de más?

PEPITO. ¿Qué dice usted? eso no.

ANT. ¿Conque me juzgas capaz
de sufrir que haya en mi frente
indestrutible... señal
de tus locos despropósitos?

PEPITO. Señor! Cómo adivinar...

ANT. Basta, basta ya, insensato!
abandona sin chistar
esta morada ofendida
que has venido á porfanar!

PEPITO. Mis fines...

ANT. Basta de fines:

para tí lo principal
es el medio... y te aseguro
que nunca lo lograrás.
Así retírate al punto,
ó te juro por San Juan
que por el balcon te arrojo.

PEPITO. Pero... oiga usted.

ANT. Basta ya!
¡Bergante, descamisado!

PEPITO. Aunque un pobre soy no más,
yo no puedo permitir
un despropósito tal,
un insulto tan marcado;
pues sepa que al aspirar
á esa dicha que ambiciono,
pienso llevarla al altar.

ANT. ¡Pero, de quién habla usted?

PEPITO. De su hija celestial,
de la encantadora Cándida!

ANT. ¡San Luis! ¡San Pedro! ¡San Juan!
¿luégo no ama á mi mujer?

PEPITO. ¡Jesús! qué barbaridad!
Hace algun tiempo que Cándida
me inspiró un amor sin par;
hace un rato sorprendióme
leyendo con sumo afan
una humilde poesía
que dediqué tiempo há
á su memoria, mediaron
sin poderlo remediar
explicaciones, y supe
con un placer sin igual
que es mi amor correspondido.

ANT. ¿Y esos versos?

PEPITO. Aquí están
(Buscando un borrador.)
en borrador, lea usted.

ANT. «Á Filis, soneto:» ¡ya!
¿luégo Filis?...

PEPITO. Es su hija.

ANT. ¡Vamos, soy lo más patan!...
Porsiga usté.

PEPITO. Despues Cándida
se fué, y juramos guardar
el más profundo secreto
sobre esta pasion.
ANT. (Con impaciencia.) ¿Qué más?
PEPITO. Que luégo su cara esposa...
ANT. ¡Pues!... se declaró... ¡cabal!
y acusó á usted de un delito
de que no ha sido capaz.
PEPITO. Justamente.
ANT. Aquí se acerca,
¡silencio! vóime á ocultar
para conocer las pruebas
del hecho, y suya será
la mano de Cándida
despues que logre escuchar
algunas sentidas frases.
PEPITO. ¡Gracias por tanta bondad!
ANT. Que no sepa mi mujer...
PEPITO. Comprendo... nada sabrá.
(Entra D. Antonio en el armario.)

ESCENA XII.

PEPITO, DOÑA INOCENCIA y D. ANTONIO.

PEPITO. (¡Qué compromiso!)
INOC. ¿Y mi esposo
sabe usted dónde se halla?
PEPITO. Creo si no me equivoco
(Fingiendo estar preocupado.)
que se ha marchado de casa.
INOC. ¿Ha hablado con usted?
PEPITO. Sí.
INOC. ¿Y nada te ha dicho?
PEPITO. ¡Nada!
INOC. (No adivino...) ¿Está usted triste?
PEPITO. ¡Ah! si la pena me mata;
mis males no tienen cura.
INOC. ¿Qué le duele á usted?
PEPITO. ¡El alma!
INOC. ¡Jesús!

PEPITO. Tengo un sentimiento,
que me consume, me mata.
INOC. (Sin duda está arrepentido.)
PEPITO. Inocencia, he sido un mandria,
que tuve ojos y no ví.
¡Ah! yo me voy de esta casa
do he podido ser dichoso.
INOC. ¿Adónde va usted?
PEPITO. Á Italia,
al Polo del Norte, al Cáucaso.
INOC. ¡Eh! déjese usted de causas,
de polos y de belenes:
viva quietito en España,
y si arrepentido llora, (Con ficcion.)
yo perdonaré su falta.
ANT. (Miren la vieja estantigua!)
INOC. Pepito, ¿tuvo usted alma
para dejarme sufrir
con mi pasion insensata?
PEPITO. ¿No he confesado mi culpa?
INOC. ¡Qué sensacion, Vírgen santa!
dí, ¿me quieres?
PEPITO. (Con exageracion.) Más que quiso
á Teresa Sancho Panza.
INOC. Y yo te adoro, bien mio,
mucho más que á Atala... Chacta
¡Ah! sólo siento...
PEPITO. ¿Qué sientes?
INOC. Que al mirarme despreciada
he referido á mi esposo
mis amorosas palabras
como puestas en tus labios;
mas no temas; está en casa
el remedio de mi enredo:
diré que ha sido una farsa
para saber si es celoso.
PEPITO. ¡Bravo! la idea me agrada:
escucha, dentro de un rato
ven, vida mia, á esta sala
y hablaremos largamente
de negocios de importancia:
mi principal va á llegar,

pero saldrá sin tardanza,
pues yo buscaré los medios:
¿vendrás?

INOC. Si tú me lo mandas...

PEPITO. ¡Bien mio!

INOC. ¡Sol de los soles!

PEPITO. ¡Qué graciosa y qué gitana!
Está con mucha atencion,
y cuando oigas tres palmadas,
sal al momento.

INOC. ¡Muy bien!

PEPITO. ¡Bendita seas, serrana!
¡vales más que el Potosí!
¡más que la miel de la Alcarria!
(Váse Doña Inocencia segunda puerta derecha.)

ESCENA XIII.

D. ANTONIO, PEPITO.

ANT. ¡Bravo! ¡bravo! amigo mio.

PEPITO. ¿Ve usted?

ANT. Convencido quedo
de su leal proceder:
cuente usted, pues, desde luégo
con la mano de mi hija,
y se la doy... satisfecho
al comprender su honradez.

PEPITO. Señor...

ANT. Basta ya; silencio;
entre ustez en este almario
y la farsa terminemos
con esa vieja estantigua
que merece un escarmiento.
(Entra Pepito en el armario.)
Bien; ahora cierro el balcon, (Lo hace.)
doy tres palmadas y espero
(Da las tres palmadas.)
en medio de las tinieblas
en que se halla el aposento
que se presente la... dama
que va buscando su afecto;

ya está aquí: no se descuida;
cierre el almario y... silencio.

ESCENA XIV.

DICHOS y DOÑA INOCENCIA.

INOC. Pepito... ¿estás solo?
ANT. (En voz baja é imitando la voz de Pepito.) Sí.
INOC. ¿Por qué has cerrado el balcon?
qué oscuro está: ¡picaron!
¿no hay una lámpara aquí?
voy á abrir.
ANT. ¡Mi bien! detente.
INOC. Yo creo...
ANT. Nos podrían ver
desde la casa de enfrente.
INOC. ¿Está ya encendido el gas?
ANT. Pues es claro.
INOC. Ven aquí,
parece que huyes de mí.
¡Pepe mio! ¿dónde estás?
ANT. (¡Pardiez! me dan intenciones...)
INOC. ¿Sin luz?...
ANT. ¿Eso te da enojos?
ya me iluminan tus ojos,
(que parecen dos melones).
Desde que seguí tus huellas
tu sol me da sus reflejos,
y agora sin ir más lejos
estoy viendo las estrellas.
INOC. (Esta voz es singular):
este no es Pepito; ¡horror!
¿quién es?
ANT. (Variando de voz.) El vengador
del señor de Putifar!
INOC. ¡Socorro! (Soltando la mano de D. Antonio.)
ANT. (Voto al demonio.)
INOC. ¡Por favor!...
ANT. Estáte quieta
y escúchame bien... cocleta!
INOC. Antonio...

ANT. ¡No soy Antonio!
INOC. ¿De veras?
ANT. Mujer vulgar,
todo acabó para tí:
infame.
INOC. ¿Quién eres, di?
ANT. La sombra de Putifar.
(Enciende un fósforo y la lámpara luégo.)
INOC. ¡Ah! mi esposo.
ANT. ¡Guarda, Pablo!
INOC. Perdóname, vida mia.
ANT. ¿Háse visto tal arpía?
INOC. Yo te adoro...
ANT. Vete al diablo.
INOC. Mi bien!...
ANT. ¡Digo que chiton!
INOC. Si todo una broma ha sido;
¡yo faltar á mi marido!
ANT. Salga usted.
INOC. ¡Condenacion!
No hay mujer que esto resista.
PEPITO. Bah, pelillos á la mar.
INOC. ¿Me perdonas, Putifar?
ANT. Apártate de mi vista.
INOC. Escucha, querido Antonio.
ANT. Huye de mi lado, arpía!
el que en mujeres se fía
se entrega al mismo demonio.
PEPITO. Vamos, sea usté indulgente.
ANT. ¿Cómo haber indilugencia
con quien se llama Inocencia
y es una?... lengua, detente.
PEPITO. Vamos, cese ya su encono
y renazca aquí la calma.
ANT. Debía romperla el alma,
pero en fin... yo la perdono.
Á usté debe este perdon:
mas si me vuelve á faltar,
la juro que he de acabar
rompiéndola el esternon.
Pero aquí está mi hija amada.

ESCENA XV.

DICHOS, CÁNDIDA.

ANT. Ven aquí, querida mia;
voy á darte en este instante
una agradable noticia.
CAND. Papá...
ANT. Pienso que te cases.
CAND. (Vírgen santa!) Todavía
puedo esperar algun tiempo.
ANT. Por qué?
CAND. Porque soy muy niña.
ANT. Ya tienes diez y ocho marzos,
á cuya edad hoy las chicas
piden maridos á voces.
CAND. Yo no quiero todavía
casarme.
ANT. Dí, con franqueza;
si te dijese en seguida
da la mano á don Pepito,
mañana mismo, qué harías?
CAND. Toma! sería obediente
y como siempre sumisa
á la voluntad paterna.
INOC. ¡Cuánto saben estas chicas!
ANT. ¿Cómo, pues no eres tan jóven?
CAND. Sí, pero cifro mi dicha
en dar mi mano á Pepito,
pues en él mi suerte estriba.
ANT. Pues ántes que acabe el mes
irás á la Vicaría,
y desde allí á Ingalaterra,
Sebastiampolo ó la China;
para eso tienes millones;
qué, ¿te parece mentira,
y á usté tambien, don Pepito?
PEPITO. ¡Si es la ilusion de mi vida!
ANT. ¿Qué te parece, Inocencia,
de la boda de tu hija?
INOC. Si es esa tu voluntad

tambien debe ser la mia.

ANT. Foturo yerno...

PEPITO. ¿Qué ocurre?

ANT. Conteste á esta preguntita:
¿por qué en aquel sonsonete
llama *Filis* á mi hija?

INOC. Pues tiene que adivinar:
quiere decir que sería
feliz.

ANT. ¿Qué entiendes tú deso?

PEPITO. Tal palabra significa
en la mente del poeta,
la diosa por quien suspira,
el ángel de sus ensueños,
su amor, y la poesía
encubre con este nombre
el de la mujer querida:
¿comprende usted el sentido?

ANT. ¡Jesús! ¡qué galimatías!
¿Conque nos vamos?

INOC. Espera,
que falta la despedida.
(Al público.)
Señores, para acabar;
si este juguete os agrada,
os suplica una palmada
LA MUJER DE PUTIFAR.

FIN.

AUMENTO Á LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
La mujer de Putifar	1	D. Juan Bergaño	Todo.
La veleta	1	Luis Pacheco	»
Las lunas del amor	1	R. García Santisteban.	»
Los encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
Muertos que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
Por un majuelo	1	Luis Pacheco	»
Desde la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
Los alfilerazos	2	S. María Granés	»
Atila	3	Enrique Gaspar	»
Las fiestas del hogar	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas	»
El verdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
La mejor conquista	3	D. Juan José Herranz	»
ZARZUELAS.			
Una conspiracion	1	M. Genaro Rentero	Libro.
Al fresco de Jordan	1	Sres. Granés y Hernandez	L. y M.
Entre el alcalde y el rey	3	D. G. Nuñez de Arce	Libro.

NOTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las obras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don ... Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de la zarzuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.